



## CAPÍTULO IV.

Hace amistad Gil Blas con los criados de los elegantes; secreto admirable que éstos le enseñaron para lograr á poca costa la fama de hombre agudo, y singular juramento que á instancia de ellos hizo en una cena.



**R**OSIGUIERON aquellos señoritos charlando de esta manera, hasta que Don Matías, á quien yo entretanto ayudaba á vestir, se halló en disposicion de poder salir de casa. Dijome entonces que le siguiese; y todos los cuatro elegantes tomaron juntos el camino de la casa adonde habia ofrecido llevarlos Don Fernando de Gamboa. Comencé pues á marchar detras de ellos, juntamente con los otros tres criados, porque cada uno de los caballeritos llevaba el suyo. Observé con admiracion que los tales criados procuraban remedar en todo á sus amos, imitando su aire y movimientos. Saludélos á todos, como un nuevo camarada suyo. Correspondiéronme de la misma manera; y uno de ellos, despues de haberme mirado atentamente por un breve rato, me dijo:—Hermano, conozco por toda tu traza que nunca has servido á ningun caballerito de esta especie.—Es verdad, le respondí, porque ha muy poco tiempo que llegué á Madrid.—Así me lo parece á mí tambien, replicó él; todavía hueles á lugar, porque te veo tímido, atado, y observo en tu modo de manejarte un no sé qué de aldeanismo, rusticidad y encogimiento. Pero no importa: yo te prometo sobre mi palabra que presto te desbastaremos y te puliremos.—Esa es lisonja, le repliqué.—Nada de eso, me respondió: está cierto de que no hay hombre por tosco que sea á quien no sepamos acepillar y pulir.

No necesitó decirme mas para que yo conociese que tenia por compañeros unos lindos perillanes, y que no podia caer en mejores manos para llegar á ser un mozo de provecho. Cuando llegamos á la tal casa hallamos ya preparada la mesa, y dispuesta la comida, que Don Fernando habia tenido cuidado de encargar desde por la mañana. Sentáronse á la mesa nuestros amos, y nosotros nos dispusimos á servirles. Comenzaron á comer y á charlar con mucha alegría, y era para mí grandísima



diversion el verlos y oírlos. Su carácter, sus pensamientos y sus expresiones me divertían completamente. ¡Qué viveza! ¡qué chistes! ¡qué agudezas! Me parecían unos hombres de diferente especie. Cuando se sirvieron los postres les pusimos muchas botellas de los mejores vinos de España, y levantados los manteles nos retiramos los criados á otro cuarto, donde había mesa para nosotros.

Tardé poco en conocer que los caballeros criados de mi cuadrilla eran hombres de mucho mayor mérito de lo que yo me había imaginado. No se contentaban con imitar los modales de sus amos; afectaban hablar el mismo lenguaje, y los bellacos lo hacían tan á la perfección, que á reserva de un cierto airecillo de nobleza, que no sabían remedar, en todo lo demás parecían los mismos. Admirábame su desenvoltura y desembarazo, pero mucho más me admiraba su prontitud y la agudeza de sus dichos, tanto que absolutamente desespéré de llegar nunca á parecerme á ellos. El criado de Don Fernando, en vista de que su amo era el que regalaba á los nuestros, hacia los honores del banquete, y llamando al dueño de la casa, le dijo:—Patron, tráiganos acá diez botellas del vino más generoso que tenga, y según vd. acostumbra cárguelo en la partida del que bebieron nuestros amos.—Con mucho gusto, respondió él; pero, señor Gaspar, ya sabe vd. que el señor Don Fernando me está debiendo muchas comidas; si por medio de vd. pudiera cobrar algún dinerillo... —Oh! respondió el criado, no paseis cuidado por lo que se os debe. Yo salgo por fiador de que las deudas de mi amo son como plata quebrada. Es verdad que algunos acreedores han hecho embargar nuestras rentas, pero mañana haremos que se levante el secuestro, y sereis pagado de todo el importe de la cuenta sin ecsaminarla. Trájonos el vino, no embargante el secuestro, y bebimos poderosamente mientras llegaba el día de que este se alzase. Eran de ver los brindis que continuamente nos hacíamos unos á otros, llamándonos recíprocamente por los nombres de nuestros amos. El criado de Don Antonio llamaba *Gamboa* al de Don Fernando, y el de Don Fernando llamaba *Centelles* al de Don Antonio, y á mí me llamaban *Silva*. Poco á poco nos fuimos todos emborrachando bajo estos nombres postizos, ni más ni menos como lo habían hecho nuestros señores amos bajo los suyos propios.

Aunque en la realidad no brillaba yo tanto como mis camaradas, sin embargo no dejaron de mostrarse bastante contentos conmigo.—Amigo Silva, me dijo uno de los menos tartamudos, espero que haremos de tí algo bueno. Veo que tienes fondo é ingenio; pero no sabes aprovecharte de él. El miedo de hablar mal te acobarda: no te atreves á hacerlo por temor de decir algún despropósito; con todo eso, ¿cuántos pasan hoy en el mundo por hombres agudos é ingeniosos, solo porque se arriesgan

á decir cuanto se les viene á la boca, aunque digan tal vez cien disparates? Calificaráse de una noble viveza de espíritu tu mismo atolondramiento. Aunque digas mil desatinos, como entre ellos se te escape algun dicho agudo, se olvidarán las otras necedades, y solo se tendrá presente y se celebrará la tal agudeza, haciéndose concepto superior de tu singular mérito. Esto y no mas hacen nuestros amos, y esto y no mas debe hacer todo aquel que aspire á la reputacion de hombre de ingenio y chistoso.

Sobre que yo no aspiraba á otra cosa, el medio que me enseñaban para conseguirlo me pareció tan fácil y practicable, que juzgué no debía despreciarle. Comencé á probarle inmediatamente, y no ayudó poco el vino que habia bebido para que no me saliese mal aquella primera prueba. Quiero decir, que desde luego comencé á hablar á diestro y siniestro, y tuve la fortuna de mezclar entre mil extravagancias algunas agudezas, que me grangearon grandes aplausos. Llenóme de gran confianza este primer ensayo. Aumenté con tragos la charlatanería para que me ocurriese algun conceptillo, y quiso la casualidad que no se malograsen mis esfuerzos.

—Ahora bien, me dijo el que me habia dado la importantísima leccion, ¿no conoces tú mismo que ya empiezas á civilizarte? Aun no ha dos horas que estás en nuestra compañía, y ya eres un hombre muy diferente del que eras: cada dia irás mejorando. Ya estás viendo y palpando qué cosa es esto de servir á caballeros y personas de distincion. Insensiblemente eleva y ennoblece el ánimo; efecto que no se experimenta sirviendo á gente baja, ni aun á la de mediana condicion.—Sin duda, le respondí, y por tanto de hoy en adelante quiero consagrar mis servicios á la nobleza.—¡Bravo, bravo! exclamó el criado de Don Fernando, que estaba ya alumbrado: no es dado á la gente baja el tener pensamientos altos, ni talentos superiores como nosotros.—Ea, señores, añadió, alto todos, y hagamos juramento por la laguna Estigia de nunca servir á esa gentecilla de media braga. Reímonos mucho del pensamiento de Gaspar, celebrámosle, y con la botella en una mano y el vaso en otra, hicimos todos aquel bufonesco juramento.

Mantuvímonos sentados á la mesa hasta que plugo á nuestros amos retirarse, que fué á media noche; lo que á mis camaradas pareció un esceso de sobriedad. Verdad es que si los tales señoritos salieron de allí tan temprano, fué por ir á ver á una elegante mala cabeza que vivia en el barrio de Palacio, y tenia su casa abierta dia y noche á toda la gente del bronce. Era una muger de treinta y cinco á cuarenta años, linda en estremo, todavía de singular atractivo, y tan diestra en el arte de agradar, que, segun se decia, vendia mas caros los rebuscos de su belleza, que ha-

bia vendido las primicias. Vivian en la misma casa otras dos ó tres damas de la misma laya, que no contribuian poco al concurso de señores que en ella se veia. Poníanse á jugar despues de comer, cenaban allí, y pasaban la noche en beber y divertirse. Nuestros amos se detuvieron en la tal casa hasta el amanecer, y mientras ellos se divertian con las damas de buen humor, nosotros nos holgábamos con las criadas, que no eran menos joviales que sus amas. En fin, nos separamos todos luego que se mostró la aurora, y cada uno se retiró á descansar.

Mi amo se levantó á medio dia como acostumbra. Vistióse, salió, seguile, y entramos en casa de Don Antonio Centelles, donde encontramos á un tal Don Álvaro de Acuña. Era un hombre ya entrado en años, y disoluto de profesion. Todos los mozuelos que querian ser elegantes se ponian en sus manos, y acudian á su escuela. Formábalos á su gusto, enseñádoles á lucir en el gran mundo, y á malgastar sus caudales. Don Antonio no necesitaba de esta leccion, porque ya se habia comido el suyo. Luego que se abrazaron los tres, dijo Centelles á mi amo:—A fe, Don Matias, que no podias haber llegado á mejor tiempo. Don Álvaro ha venido para llevarme á casa de un particular que ha convidado hoy á comer al marques de Zenete y á Don Juan de Moncada; y yo quiero que tú seas del convite.—Pero ¿cómo se llama ese tal? preguntó Don Matias.—Se llama Gregorio Noriega, respondió Don Álvaro; y en dos palabras te diré lo que es este mozo. Es hijo de un joyero rico que ha ido á negociar en pedrería á los paises estrangeros, y al partir le ha dejado el goce de una gran renta. Gregorio es un pobre tonto, propenso á comer y gastar todo su dinero haciendo el elegante, y que revienta por parecer hombre ingenioso y agudo, á pesar de la naturaleza, que no le ha concedido esta gracia. Púsose en mis manos para que le dirigiese; yo lo hago á mi modo, y en verdad que le llevo en buen estado, pues el fondo de su caudal está ya medio consumido.—Eso es lo que yo no dudo, interrumpió Centelles, y espero verle presto en el hospital. Vamos, Don Matias, conozcamos á ese hombre, y ayudémosle á que acabe de arruinarse.—Vengo en ello, dijo mi amo, porque tengo gran gusto en dar en tierra con la fortuna de esos señoritos plebeyos que quieren hacerse y confundirse con nosotros. Como, por ejemplo, nada he celebrado tanto como la ruina del hijo de aquel asentista, á quien el juego y la vanidad de querer figurar con los grandes obligaron á vender su misma casa.—¡Oh! replicó Don Antonio, ese tal no merece le tengan lástima, porque no es menos necio ni menos presumido en su miseria que lo era en su prosperidad.

Partieron, pues, mi amo, Centelles y Don Álvaro, á casa de Gregorio Noriega. Mogicon, criado de Centelles, y yo, fuimos tambien tras de

ellos, muy persuadidos los dos de que nos esperaba una gran bucólica, y ambos tambien muy contentos de cooperar por nuestra parte á la destruccion de aquel pobre mentecato. Al entrar en su casa vimos mucha gente ocupada en disponer la comida, y nos dió en las narices un olor de cocina, que anunciaba al olfato el recreo que tendria luego el paladar. Acababan de llegar el marques de Zenete y Don Juan de Moncada. Dejose despues ver el dueño de la casa, que desde luego me pareció un solemnísimoj majadero. Afectaba inútilmente el aire y modales de los elegantes; pero era una feísima copia de aquellos hermosos originales, ó por mejor decir, atolondrado que se esforzaba por ostentar despejo y desembarazo. Figurémonos un hombre de este carácter entre cinco bufones de profesion, empeñados únicamente en burlarse de él y en hacerle gastar cuanto tenia.—Señores, dijo Don Álvaro despues de los primeros cumplimientos, este es el señor Gregorio Noriega, que sobre mi palabra, presento á ustedes como uno de los mas cabales y perfectos caballeros. Posee mil bellas prendas, y es un jóven muy culto. Escojan ustedes lo que quisieren: es igualmente hábil en todas las facultades, desde la lógica mas alta y sutil, hasta la mas pura y delicada ortografía.—¡Oh señor! eso ya es demasiado, interrumpió Gregorio, sonriéndose sin ninguna gracia: yo sí, señor Don Álvaro, que podia decírselo á vd., porque vd. sí que es aquello que se llama *un pozo de ciencia*.—Por cierto, replicó Don Álvaro, que mi ánimo no fué buscarme una alabanza tan aguda y discreta; pero en verdad, señores, que el nombre del señor Gregorio hará gran ruido en el mundo.—Yo, dijo Don Antonio, lo que admiro en él, aun mas que su ortografía, es el acierto en la eleccion de las personas con quienes trata. En lugar de buscar comerciantes, solo gusta de tratar con caballeros, sin dárselo nada de lo mucho que esta comunicacion le ha de costar. Tiene unos pensamientos tan nobles y elevados, que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.

A estos irónicos discursos se siguieron otros muchos en todo semejantes. Burláronse completamente del pobre Gregorio; y de cuando en cuando, en tono de elogios, le lanzaban ciertas pullas que no conocia el pobre bobo; antes bien todo lo convertia en sustancia tomando al pié de la letra cuanto le decian, y se mostraba muy satisfecho de sus taimados huéspedes, creyendo le hacian mucho favor, siendo así que se mofaban de él. En fin, fué el hazméreir mientras la comida, y aun todo el resto del dia y de la noche, porque toda la pasaron los señores míos en aquella diversion. Nosotros bebimos á discrecion, ni mas ni menos que nuestros amos, y todos estábamos bien compuestos cuando salimos de casa del señor Gregorio.



## CAPITULO. V.

Vése Gil Blas de repente en lances de amor con una hermosa desconocida.



ESPUES de haber dormido algunas horas, me levanté de buen humor, y acordándome del consejo que me habia dado Melendez, fuí miéntras despertaba el amo á hacer la corte al mayordomo, á cuya vanidad me pareció halagaba el cuidado que yo ponía en rendirle mis obsequios. Recibióme con mucho agrado, y me preguntó si me acomodaba bien la vida que hacian los señores. Respondíle que, aunque era nueva para mí, no desconfiaba de hacerme á ella con el tiempo.

Efectivamente fué así, porque tardé muy poco en acostumbrarme. De reposado y juicioso que ántes era, pasé de repente á ser vivaracho, atolondrado y zumbon. Dióme la enhorabuena de mi trasformacion el criado de Don Antonio; y me dijo que para ser hombre ilustre no me faltaba mas que tener lances amorosos. Representóme que esta era una cosa absolutamente necesaria para formar un jóven completo; que todos nuestros camaradas eran amados de alguna persona linda, y que él tenia la fortuna de que le mirasen con buenos ojos dos señoras de distincion. Creí que mentia aquel bellaco, y le dije:—Amigo Mogicon, no se puede negar que eres buen mozo y agudo; pero no alcanzo cómo han podido prendarse de un hombre de tu condicion dos señoras distinguidas, en cuya casa no estás.—¡Gran dificultad por cierto! respondió Mogicon: ellas ni aun siquiera saben quien yo soy. Estas conquistas las he hecho usando de los vestidos de mi amo, y la cosa pasó de esta suerte. Vestíme de señor; imité bien los modales de tal, y fuíme al paseo. Hice gestos y cortesías á todas las que encontraba, hasta que tropecé con una que correspondió á mis espresivas muecas. Seguila, y logré tambien hablarle.